

SANTIAGO PICATOSTE. 'SURROUNDING'

Galería Xavier Fiol. Hasta el 15 de enero de 2005

ASUN CLAR/ CARLOS JOVER

PALMA.- Ya sabemos que las vallas del metro de Nueva York son más consultadas que las de los anuncios publicitarios de Porto Pi, y que por tanto no resulta de buen tono exigir a nuestros artistas del graffiti la vertebración musical de un Basquiat o un Keith Haring. Pero si al menos la escuela de Santiago Picatoste (Palma de Mallorca, 1971) tuviera predicamento entre ellos, nuestra ciudad sería mucho más habitable.

La exposición Surrounding que actualmente puede visitarse en la galería Xavier Fiol es una clara muestra del trabajo de vago resarcimiento «graffitista», con vocación panelística o muralística, de este joven artista palmesano que reside en Madrid desde hace unos años.

La Naturaleza, cada vez más ausente de nuestros paisajes urbanos donde sólo resta en reductos de concentración asistida, en el seno de maceteros de diverso tamaño (sea tipo parque o tipo parterre) en la forma de «naturaleza embotellada» tal y como la define el mismo Picatoste, constituye ya en verdad una circunstancia accidental, periférica, limítrofe con la nada de más allá de la ciudad, un auténtico «surrounding» que ha perdido su centro y su protagonismo. Por eso a Picatoste le interesa recuperárnosla, avituallándola a su vez con una carga de artificio que sin embargo consigue dejar su esencia intacta, de manera que ese hombre urbanita que jamás consumiría una manzana que no le fuese ofrecida envuelta en plástico garante pueda regresar con renovado interés al paraíso perdido, y sentir mejor en la carne el drama de haberlo perdido definitivamente.

Las flores gesticulares de Picatoste son todas venenosas, como lo es el beso de la viuda negra. Su belleza es amarga y brillante, como la sangre en un río después de la tortura, y apunta a los recuerdos de un pasado irrecuperable con la alegría que se acumula en el espíritu del que viaja hacia un nuevo mundo prometedor: he ahí la terrible tensión interior de esta propuesta minada.

Picatoste, como intervencionista del común espacio vocacional que es (no en vano el ánimo, la salud cívica de la colectividad urbana es la arcilla con la que modela esas propuestas de bella y compleja ferocidad), mejora cuando abandona las dos dimensiones y el discreto formato del lienzo. En sus bocetos para algunas intervenciones en espacios públicos que conocemos, esa irrefrenable perversión que supone tratar la naturaleza como ente artificial, la flora como algo que crece a modo de alambre de espinos en la última trinchera, alcanza la máxima perfección/perversión, de manera que la integración en la naturaleza convencional de esa «otra» naturaleza picatosteana puede suponer (y seguro que el tiempo nos deparará esa suerte) un tremendo desafío, quien sabe si excesivo para un «pathos» en proceso de extinción como éste. ¿Es previsible que aquella responda desde su postrer orgullo con una muestra de descontento? Como si los terremotos se pudieran prevenir, como si la teoría de placas fuese suficiente explicación.

En fin.

A Picatoste lo volveremos a ver en febrero, en Arco, de la mano de la galería Xavier Fiol. Sería magnífico comprobar entonces que también estas flores urbanas sufren sus ciclos vitales, y que esta particular exploración del mal no tiene límites.